**LA EVANGELIZACIÓN**

**Mediación compleja de la acción misionera de la Iglesia**

**en el mundo de hoy**

José Miguel Núñez, sdb

Seminario de formación CNSPJ

Madrid, 16 de noviembre de 2022

La situación de pluralismo cultural y de cambio de paradigma en el pensamiento y en la sociedad contemporánea plantea un escenario diferente para la evangelización. En esta nueva situación, la comunidad cristiana deberá afrontar las dificultades que provoca la fractura entre la realidad social y la Iglesia y superar los obstáculos para una comunicación más acertada que pueda hacer llegar de forma nítida la buena noticia de Jesucristo a los destinatarios del mensaje.

1. **EVANGELIZAR EN TIEMPOS COMPLEJOS**

Evangelizar en estos tiempos complejos (todos los tiempos los son), no nos está resultando nada fácil. Acaso porque en la dinámica evangelizadora entran en juego demasiados factores, esto es, el *quién,* el *qué* y el *cómo.* Y, además, somos conscientes de encontrarnos ante una mediación compleja que no se reduce a la mera transmisión de conocimientos o tradiciones. En efecto, la evangelización podría considerarse como

una mediación del Misterio de Dios. No se trata de una mediación como, por ejemplo, la educación aunque tenga ciertos procesos comunes. En la evangelización se propone un Misterio trascendente, que se hace presente en la vida, muerte y resurrección de Jesús, y que se desvela por gracia en la acción del Espíritu (Jiménez, 2018, pág. 494).

Se trata de proponer el misterio de Dios revelado en Jesucristo para la vida del mundo. Ni más ni menos. La experiencia de la fe es el encuentro con la persona de Jesús, revelador del rostro de Dios, vivo y operante en medio del mundo. Por tanto evangelizar no es un simple anuncio de un contenido doctrinal, el aprendizaje de unos ritos o la asunción de una ética. En el acto evangelizador entran en juego muchas implicaciones:

La evangelización implica el Misterio del Dios Trinitario y el misterio humano, Iglesia y personalización, palabra de Dios y lenguaje humano, adoración y compromiso, celebración y sacramento, oración y coherencia, persona y comunidad, novedad e historia, realismo y esperanza, experiencia y trascendencia, capacidad pedagógica y sentido de la oportunidad, escucha y comunicación, compasión y misericordia, sentido humano y salvación de Dios (Jiménez, 2018, pág. 494).

Esto supone, naturalmente, no perder de vista al destinatario del anuncio y las condiciones en las que éste pueda acoger la propuesta del encuentro liberador con el Resucitado de forma que provoque la respuesta de adhesión al Dios de la vida que en Cristo se nos ha revelado. Habremos de tener en cuenta que en el proceso evangelizador están en juego, pues, el *quién* – esto es -, la Iglesia y las personas destinatarias del anuncio; el *qué*, el Misterio del Amor de Dios revelado en Jesucristo por la fuerza del Espíritu, y el *cómo*, es decir, la metodología adecuada (entendemos por metodología no solo el método catequético sino la manera de vivir y transmitir de forma creíble la persona de Jesús) para que – en la era de la comunicación – el modo de comunicar no ofusque la experiencia de la fe.

Para el Papa Francisco,

Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: «Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión». Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, «la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas […] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 10)

A propósito de los evangelizadores tristes, me viene a la mente la experiencia de Francisco de Asís en tiempos convulsos como lo que a él también le tocó vivir. Francisco fue capaz de incidir en la Iglesia de su tiempo y en la realidad social que le rodeaba, por muy oscura que ésta fuera. Escribe Francisco de Asís en sus escritos:

Vuelvo de Perusa y, en medio de una noche cerrada, llego aquí; es tiempo de invierno, está todo embarrado y hace tanto frio que en los bordes de la túnica se forman carámbanos de agua fría congelada que golpean continuamente las piernas, y brota sangre de las heridas. Y todo embarrado, aterido y helado, llego a la puerta; y después de golpear y llamar un buen rato, acude el hermano y pregunta: - ¿Quién es? Yo respondo: - El hermano Francisco. Y él dice: - Largo de aquí. No es hora decente para andar de camino; no entrarás. Y, al insistir yo de nuevo, responde: - Largo de aquí. Tú eres un simple y un inculto. Ya no vienes con nosotros. Nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos. Y yo vuelvo a la puerta y digo: - Por amor de Dios, acogedme por esta noche. Y él responde: - No lo haré. Vete al lugar de los crucíferos y pide allí. **Te digo que, si he tenido paciencia y no me he turbado, en esto está la verdadera alegría, y la verdadera virtud y la salvación del alma** (Francisco de Asis, 2011)**.**

Evangelizadores de la talla de Francisco de Asís nos inspiran en tiempos complejos como los nuestros. La verdadera alegría está, para Francisco, en su confianza en Dios. Ésta no depende del conocimiento ni de la capacidad de liderazgo, sino de una vida realmente enraizada de Dios. Entonces sí, entonces el anuncio se convierte en algo creíble y repercute en la experiencia de los demás:

La idea de la perfecta alegría se la confiesa (Francisco) a fray León yendo de camino en una noche bastante inhóspita. Allí se ve cómo la alegría de Francisco cobija al otro fraile. En la proximidad de un hombre con una firmeza tan grande, el hermano León se siente amparado. Francisco se convierte em consuelo y abrigo. Su alegría es refugio para los demás (Esquirol, 2018, pág. 142).

Es la alegría del Evangelio. Es el Evangelio mismo. Aquí radica la fuerza de la evangelización y de la acción misionera de la Iglesia.

1. **INCULTURAR EL EVANGELIO**

La fuerza del Evangelio ha hecho posible la encarnación constante de la Palabra en las diferentes culturas en las que ha resonado la Buena Noticia de Jesucristo. La Encarnación del Verbo es la primera inculturación de la Palabra: Jesús, Verbo encarnado, nace judío entre judíos, en un pueblo de hondas tradiciones y con una cultura marcada por la experiencia religiosa de sus antepasados; en unas coordenadas histórico-temporales concretas; habla la lengua de su pueblo y se desarrolla como hombre en los parámetros culturales de su tiempo. Su mensaje liberador encuentra resonancia en los hombres y mujeres de su tierra en un horizonte simbólico bien concreto.

Pero el Evangelio sobrepasa los límites del tiempo y el espacio. La salvación de Dios se hace universal rompiendo nacionalismos ideológicos y en Jesucristo se propone como gracia y amor para todos, más allá de los estrechos márgenes de la identidad nacional, la ley excluyente o los signos que marca la tradición.

Pedro y Pablo, en el nacimiento de la Iglesia primitiva, fueron protagonistas del movimiento de expansión del cristianismo cuando éste no era más que una secta minoritaria del judaísmo y un grupúsculo insignificante en los márgenes del imperio que no causaba inquietud al poder de Roma. Pedro lideró la transición, no sin problemas, hacia un cristianismo que debía superar tradiciones y acoger la novedad de Jesucristo marcando distancias con el judaísmo matriz. Pablo abrió la nueva Iglesia proponiendo el Evangelio al encuentro con las culturas griega y romana tratando de hacer creíble la nueva fe desde otras categorías de pensamiento extrañas a la cultura semita.

Este esfuerzo de inculturación fue lo que permitió la rápida expansión del cristianismo en el mundo conocido. El Evangelio podía ser anunciado desde las *razones* que fundaban la esperanza de los creyentes y no desde el fanatismo o la imposición. La nueva fe era experiencial y tocaba la vida de las personas, transformándolas desde dentro y dando sentido a la vida y a la historia. El Evangelio de Jesucristo se hacía cultura y, desde dentro de ella, propiciaba un cambio que se operaba en las personas y en la misma realidad social contribuyendo al bien común. La experiencia del amor de Dios propiciado en el encuentro con Jesús el Cristo, el Viviente, daba plenitud al corazón. Solo así se puede entender que muchos decidieran perder la vida de forma cruenta a manos de los poderosos antes que renunciar a la propia fe.

Cuando, siglos más tarde, la caída del imperio hace surgir un nuevo paradigma cultural, se forja la formulación dogmática en un nuevo intento de inculturación del mensaje. Fijar la fe en expresiones precisas ante interpretaciones erróneas de la Escritura no es más que el esfuerzo de traducir con categorías filosóficas de un tiempo la verdad de la Revelación. La hermenéutica será siempre necesaria.

El Evangelio debe hoy continuar proponiéndose en las diferentes culturas en la que la Iglesia (el quién) anuncia y media (el cómo) la propuesta cristiana. Hoy como ayer, como siempre, la fuerza de la Salvación de Dios (el qué) supera los diques de contención de un cristianismo que corra el riesgo de quedarse anquilosado y cerrado sobre sí mismo. La dramática afirmación de Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi,* nos ponían en alerta, ya hace algunas décadas, ante un proceso de alejamiento de la cultura con respecto a la fe que transmite la Iglesia:

La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda, el drama de nuestro tiempo, como la fue también en otras épocas (Pablo VI, 1975, pág. 20).

En nuestros días, la continua llamada del Papa Francisco a propiciar una “Iglesia en salida” reclama el esfuerzo de los creyentes por inculturar el mensaje haciéndolo comprensible; por anunciar la Buena Noticia desde la cultura que vivimos, para la vida y la esperanza de las personas, sin parapetos ni nostalgias; por abrir prisiones injustas y partir el pan con quien no lo tiene, en nombre de Jesucristo el Señor. Este es el mayor desafío para la Iglesia hoy:

Juan Pablo II nos invitó a reconocer que «es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio» a los que están alejados de Cristo, «porque ésta es *la tarea primordial* de la Iglesia». La actividad misionera «representa aún hoy día *el mayor desafío* para la Iglesia» y «la causa misionera *debe ser la primera*». ¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*. En esta línea, los Obispos latinoamericanos afirmaron que ya «no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos» y que hace falta pasar «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera». Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia: «Habrá más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (*Lc* 15,7) (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 15).

Como hombres y mujeres de hoy, vivimos en nuestro mundo con la convicción de que Dios sigue tocando el corazón de las personas y su amor transforma la existencia. Como ciudadanos, aportamos al bien común tratando de proponer en libertad y con credibilidad la Buena Noticia de la salvación, estando siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a aquellos que nos la pidan. La vida coherente, sencilla y comprometida de los creyentes será el mejor aval que dé fuerza a nuestro anuncio. A tiempo y a destiempo, como Pablo nos recuerda, porque “¡Ay de mí, si no evangelizo!” (1 Cor 9, 16).

1. **EVANGELIZAR LA CULTURA EN ESTA EUROPA NUESTRA**

La crisis de Europa es paralela a la crisis de la Iglesia en el continente. Es verdad que la falta de significatividad, el avance del secularismo y la poca credibilidad de la institución en algunas naciones hacen que en muchos lugares, la presencia eclesial sea relegada a la irrelevancia. Frente al nuevo orden geoestratégico, frente a un mundo en crisis, ante una Europa en declive, la Iglesia puede contribuir con nuevo impulso y nuevas perspectiva a la construcción de un nuevo orden donde no solo primen los intereses militares o económicos, sino donde emerjan alianzas culturales, educativas, filosóficas o religiosas. La figura del Papa, cuyo liderazgo mundial es reconocido por muchos, puede ayudar a mirar a Europa y al mundo con ojos diferentes y contribuir, con una nueva visión de la realidad y de humanidad, al surgimiento de una civilización donde la persona y la vida estén en el centro de las preocupaciones de los gobiernos y de las políticas de desarrollo del concierto mundial.

Que nuestra civilización ya no se profese cristiana, e incluso que se considere una civilización laica, descristianizada, post-cristiana, y que, sin embargo, esté en sus raíces, profundamente formada por esta herencia, es la razón para hablar de secularización ‘positiva’ como rasgo característico de la modernidad (Vattimo, 1996, pág. 44).

Francisco, con su propuesta de vuelta al evangelio *sine glossa*, propone a los cristianos situarnos mejor en este mundo global, una Iglesia en la historia y no adaptada a ella de forma acomodaticia:

Francisco ha comunicado el Evangelio induciendo a los creyentes a hacer lo mismo (ese es el sentido de *Evangelii gaudium*) y a experimentar la inseguridad de una situación de paso, y luego ha abierto algunas pistas de lectura y de experiencia eficaz en la historia: oración y pregunta de Dios; necesidad de misericordia en un tiempo duro y con mecanismos despiadados; ternura en un mundo de solos, migrantes, pobres; ecología, paz y fraternidad… (Riccardi, 2022, pág. 241).

Las dos encíclicas sociales, *Laudato sì* y *Fratelli tutti*, son toda una declaración de intenciones. Un modo nuevo de situarse en el mundo global y en la vorágine de la crisis que nos azota. El cuidado de la casa común y la búsqueda de la fraternidad se convierten en dos ejes de su magisterio y nos sitúan en medio del mundo como una palabra de esperanza para una humanidad abrumada por la incertidumbre y el malestar. Más allá de la política y de los nuevos modelos geoestratégicos, la propuesta de Francisco apunta al corazón del ser humano, a pensar el mundo *de otra manera,* a implicar a todas las fuerzas de bien en darle la vuelta a la realidad para devolver dignidad a los empobrecidos, a avivar la confianza en la humanidad y amasar un futuro mejor para todos, a superar egoísmos y visiones estrechas de la economía, a replantear las políticas de los poderosos para prestar más atención a la persona y, sobre todo a las más vulnerables.

Hace pocos días, el cardenal Müller, en su intervención en Madrid ha afirmado que **“la Iglesia no es una organización religiosa social organizada por cualquier ser humano, Cristo es el instrumento de la unión con Dios y de la unidad con toda la humanidad”** (Müller en España, 2022)**. Algunos han querido ver aquí y en algunas más de sus declaraciones, su rechazo al Pontificado de Francisco. No entramos en especulaciones, pero lo que parece claro es que hay en juego diversas concepciones sobre la evangelización y la presencia de la Iglesia en medio del mundo. Para el prelado alemán, “la fe cristiana no es un sentimiento religioso sino conocimiento intelectual y perso**nal” (Müller en España, 2022), y de ahí la necesidad de incidir en la formación de los católicos a través de la Biblia, el Credo o el Catecismo. Dos acentos distintos, Müller y Francisco, no necesariamente excluyentes, sobre la concepción de la presencia de la Iglesia en medio del mundo y su tarea evangelizadora. Para el Pontífice, en el espíritu de la *Gaudium et spes* (cfr. GS 1).

Hay momentos, sin embargo, en los que esta misión (evangelizar) se vuelve más urgente y nuestra responsabilidad tiene necesidad de ser reavivada. Me viene a la mente, ante todo, las palabras del Evangelio de Mateo donde se dice que Jesús “viendo a la gente, sintió compasión porque estaban cansados y agobiados, como ovejas sin pastor”. ¿Cuántas personas, en las tantas periferias existenciales de nuestros días, están “cansadas y agotadas” y espera a la Iglesia, ¡nos esperan a nosotros! ¿Cómo poderlas alcanzar? ¿Cómo compartir con ellas la experiencia de la fe, el amor de Dios, el encuentro con Jesús? Es esta la responsabilidad de nuestras comunidades y de nuestra pastoral (Francisco P. , Aciprensa. Vaticano, 2014).

1. **VIVIR EVANGÉLICAMENTE LA CRISIS**

Tratar de interpretar qué nos está pasando en este momento de la historia que nos toca vivir puede parecer *misión imposible*. Son tantas las aristas y las perspectivas desde las que situarse para intentar leer la realidad, que se nos antoja complicado probar a hacer una hermenéutica que nos ayude a brujulear por las tierras inhóspitas de un mundo globalizado, bajo la amenaza real de la destrucción nuclear y arrodillado ante una pandemia que ha puesto en solfa el optimismo económico de la sociedad del bienestar y ha dejado al aire las costuras de una civilización herida.

No se trata de adelantar el apocalipsis, pero creo que es cierto que las consecuencias de una pandemia que ha matado a millones de personas en todo el mundo; la destrucción de una guerra como la de la invasión de Ucrania, con dimensiones globales, que tiene en vilo a la economía mundial; las consecuencias devastadoras sobre la pobreza energética y la amenaza planetaria de una guerra total; o las dramáticas perspectivas sobre el calentamiento global y el deterioro del planeta; por citar solo algunas de las complejas situaciones que nos asolan, no pueden dejarnos indiferentes, ni nos permiten vivir sin experimentar la inquietud de estar ante una crisis mundial con todo lo que eso conlleva.

A estas situaciones extraordinarias, sobrevenidas en estos últimos años, hay que añadir la herida permanente, abierta y sangrante, de las desigualdades sociales, los desequilibrios entre norte y sur, la política de bloques en la nueva situación geoestratégica, el desplazamiento de millones de seres humanos, la flagrante vulneración de la dignidad y los derechos de los más empobrecidos de la tierra o los permanentes conflictos bélicos en todos los rincones de la tierra.

Así lo expresaba uno de los pensadores actuales más lúcidos de nuestro país, en plena crisis pandémica:

Esta crisis tiene lugar en un momento de desorganización de la vida, crisis climática, descomposición social acelerada, descrédito de los gobiernos y sistemas políticos, fragilidad financiera, dinámicas que se refuerzan entre sí creando una extrema vulnerabilidad, hasta el punto de que nos encontramos en una situación de crisis estructural permanente en la que toda estabilidad no es más que una apariencia o intervalo de una creciente inestabilidad (Innerarity, 2020, pág. 35).

¿Cómo situarnos ante esta metamorfosis global? ¿Cómo interpretar cuanto acontece sin perdernos en el mar de la indiferencia? No podemos *salir indemnes*. Es demasiado profunda la herida y extremadamente grave la crisis en la que nos encontramos. Puede que tenga razón el papa Francisco cuando afirma que “hemos globalizado la indiferencia”. Nada tan viejo como el sálvese quien pueda. En realidad, perdóneseme la ironía ¿qué me importa a mí que estén bombardeando Kiev con drones suicidas ante la perspectiva del resort a buen precio que he encontrado para el puente de noviembre? No quiero ser demagogo, pero creo que es un buen ejemplo para entender, *mutatis mutandis*, lo que pueda estar pasando a nivel mundial en el escenario previo a la pandemia:

El proceso se ha ido desarrollando en el sentido de una «globalización de la indiferencia», basada en el egoísmo y la avidez de las potencias fuertes y en el mantenimiento de los sistemas de dependencia favorables a ellas (Forte, 2020, pág. 23).

Para Riccardi, la crisis que vive Europa es paralela a la misma crisis que vive en la Iglesia en el continente.

La crisis no es el declive. En el declive, la Iglesia trabaja para sobrevivir. El camino, que puede parecer una no-solución, es vivir evangélicamente la crisis (Riccardi, 2022, pág. 250).

¿Qué significa evangelizar en tiempos de crisis? ¿Cómo entender la evangelización hoy? No cabe duda de que la pregunta es pertinente. Nos afecta como evangelizadores, como agentes de pastoral juvenil. La crisis puede ser una oportunidad para crecer, para ser más fieles a Jesús, para alcanzar de forma creíble al destinatario de nuestro anuncio. No se trata de sobrevivir sino de tratar de vivir evangélicamente la crisis en la que estamos inmerso. Por eso Francisco habla de una renovación pastoral necesaria y urgente en la Iglesia:

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 27).

1. **UNA PASTORAL JUVENIL PARA LA VIDA Y LA ESPERANZA**

Nuestra pastoral juvenil habita el mundo de los jóvenes y quiere ser una palabra de vida y esperanza, en nombre de Jesús, en medio de ellos. Evangelizar significa hoy que los cristianos nos situemos mejor en el mundo que nos rodea para poder anunciar con nuestra vida que Cristo es el Señor de la historia. La propuesta de Francisco es volver al Evangelio y desde él mirar a las personas de otra manera, ofreciéndoles lo mejor que tenemos, ni oro ni plata, sino la vida plena del Resucitado que sana y libera.

**Mirar de otra manera**

Estaremos de acuerdo en que las enseñanzas de la historia, por mucho que el adagio clásico la denomine maestra, no siempre son unívocas o definitivas. Pero deberíamos aprender a leer mejor la realidad para, como sociedades libres en las que el valor supremo es la existencia digna de las persona en convivencia pacífica, situarnos en condiciones de cambiar estructuralmente aquello que amenaza el equilibrio global del que todos formamos parte en cualquier rincón del planeta.

¿Qué saldrá de todo esto? ¿Cómo será nuestra vida si somos capaces de afrontar y superar esta crisis? Como toda crisis, es una oportunidad para salir fortalecidos tanto personal como socialmente. Tendremos que apelar a la conciencia libre de las personas, a una cierta ética de la responsabilidad y del cuidado del otro, a una nueva globalización en la que la riqueza sea mejor distribuida en nombre de la justicia, a una nueva gobernanza mundial que posibilite un liderazgo con *auctoritas* en el que las personas y el respeto a la vida sean el centro de la acción política y social. En el fondo, hay una cuestión antropológica que es común a todas estas consideraciones: la superación de los egoísmos y los miedos que nos permitan salir al encuentro del otro y entretejer nuevas relaciones en las que no me es indiferente el dolor ajeno, de modo que también yo, cargue con el peso del otro para buscar liberar, sanar, devolver dignidad.

La crisis es una señal de alarma, que nos hace considerar con detenimiento dónde se hallan las raíces más hondas que nos sostienen en medio de la tormenta (…) nos ha mostrado que, especialmente en situaciones de emergencia, dependemos de la solidaridad de los otros; y nos invita a poner nuestra vida al servicio de los demás de un modo nuevo. Debe concienciarnos de la injusticia global y despertarnos para escuchar el clamor de los pobres y de nuestro planeta, gravemente enfermo (Francisco, 2020, pág. 10).

Decía una canción que nos representó en Eurovisión hace unos años: “La venda ya cayó y empezarán nuevos días”. A propósito de un mundo que debe quedar atrás para hacer surgir algo nuevo, la venda que cae de los ojos es una buena imagen para expresar cuanto la situación de crisis global que vivimos debería ayudarnos a ver. Lo expresa el arzobispo Forte de esta manera:

El orgullo de ser los señores del mundo, hasta el punto de poder desinteresarse de la suerte de una gran parte de la humanidad, parece haberse convertido en la clave vencedora del progreso, en la fuerza portadora de la *affluent society* (John Kenneth Galbraith) americana y occidental, la venda puesta en los ojos para esconder a los más afortunados el dolor y la miseria de innumerables hombres y mujeres (Forte, 2020, pág. 24).

El orden mundial previo al desencadenamiento de la crisis pandémica y sus consecuencias económicas vendaba los ojos de los poderosos y hacía que las desigualdades entre los países ricos y los empobrecidos fuera una herida abierta dolorosa y sangrante. Habremos de considerar que “además de frágiles somos crueles; y nuestra normalidad consiste en ocultar el dolor del mundo” (González-Faus, 2021, pág. 385). Recuperar nuestra normalidad, aprendiendo de la crisis que vivimos, significaría hacer caer la venda de los ojos para ver el mundo de otra manera. Para no olvidar a los miles de seres humanos que mueren de hambre diariamente en el mundo; para no dejar de ver las guerras que parecen olvidades y los millones de personas que las sufren; para mirar de otra manera a los millones de migrantes, refugiados y desplazados que buscan huir de la miseria y de la persecución; para denunciar la trata de seres humanos y las vejaciones a las que muchas personas se ven sometidas; para no callar ante los abusos de cualquier tipo que pisotean derechos y privan de libertades… Y así podríamos seguir. Lo expresa con dolor, frecuentemente, el Papa Francisco, como en este texto de *Fratelli tutti*:

En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados (Francisco P. , Fratelli tutti, 2020, pág. 22)

**El anuncio y la profundización del kerygma**

La actitud misionera de la Iglesia en nuestro tiempo, una Iglesia en salida y servidora de los pobres, conlleva en sí misma el anuncio de Jesús el Cristo, buena noticia para el mundo. A tiempo y a destiempo, ofreceremos, a quienes quieran escuchar, un camino de crecimiento en la fe, acompañado por testigos creíbles y apasionados por el Reino. Francisco, en la *Evangelii gaudium*, nos recuerda algunos elementos a cuidar de forma muy explícita en este camino:

En primer lugar,recuperar y recrear una **catequesis mistagógica** que ayude a las personas a adentrarse en el misterio de Dios y descubrir la fe en Jesucristo:

Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o «*kerygma*», que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos[[126]](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html%22%20%5Cl%20%22_ftn126%22%20%5Co%20%22). Por ello, también «el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado» (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 164).

El **primer anuncio,** que abordaremos más despacio en las siguientes sesiones de nuestro seminario, forma parte de la misma catequesis, en la que el testigo hace resonar el kerygma: Jesucristo te ama y te salva.

En este camino catequético, se hace imprescindible el **acompañamiento personal.** La fe se transmite y se personaliza en la comunidad y junto a testigos que ya han recorrido el sendero y ayudan a transitar por la experiencia de la fe, poniendo nombre a cuanto se vive y señalando horizontes nuevos hacia los que seguir avanzando. Siendo la acción del Espíritu esencial en el acto catequético, mucho se juega también en la credibilidad del testigo y de la comunidad en la que compartir, celebrar y profesar la fe.

Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 171).

No cabe duda, de que en todo proceso de anuncio, descubrimiento y crecimiento en la fe, es crucial **la centralidad de la Palabra,** desde la que nos alimentamos y avivamos nuestro fuego interior para seguir caminando hacia la estatura de Jesucristo. La Iglesia debe hacer centro siempre en la Palabra vivida, compartida y comunicada:

No sólo la homilía debe alimentarse de la Palabra de Dios. Toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial» (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 174).

**La dimensión social de la evangelización**

El Papa, en el capítulo IV de la Evangelii Gaudium, señala explícitamente: “quisiera compartir mis inquietudes acerca de **la dimensión social de la evangelización** (…) si esta dimensión no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 176).

Para ello, el Pontífice insiste en que **la confesión de fe (ortodoxia)** debe ir de la mano del **compromiso social (ortopraxis).** Un anuncio evangélico que no trabaje por la **inclusión de los pobres,** no es creíble. El anuncio hoy, reclama un compromiso real por **el bien común y la paz social.** Por eso, **el diálogo y la fraternidad universal** harán emerger una nueva antropología de la convivencia que sitúe, siempre en el centro, a la persona.

Todo ello, nos lleva a afirmar con Francisco que

El *kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad (Francisco P. , Evangelii gaudium, 2013, pág. 177).

**Evangelizadores con Espíritu**

Para la vida y la esperanza. Así está llamada a ser nuestra propuesta pastoral con jóvenes. Así quiere ser nuestra respuesta al dolor, las heridas y las esperanzas, también de los que se encuentran apaleados en la vera del camino porque han sido despojados de todo por bandidos y salteadores.

En los jóvenes también están los golpes, los fracasos, los recuerdos tristes clavados en el alma. Muchas veces «son las heridas de las derrotas de la propia historia, de los deseos frustrados, de las discriminaciones e injusticias sufridas, del no haberse sentido amados o reconocidos». Además «están las heridas morales, el peso de los propios errores, los sentimientos de culpa por haberse equivocado»[[38]](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html%22%20%5Cl%20%22_ftn38%22%20%5Co%20%22). Jesús se hace presente en esas cruces de los jóvenes, para ofrecerles su amistad, su alivio, su compañía sanadora, y la Iglesia quiere ser su instrumento en este camino hacia la restauración interior y la paz del corazón (Francisco P. , Christus vivit, 2019, pág. 83).

Nuestra acción evangelizadora, especialmente en medio de adolescentes y jóvenes vulnerables y heridos, no puede entender de rodeos ni de componendas. Tampoco sabe de planes y estructuras que apresuran nuestro paso para no detenernos a vendar las heridas que sangran. Por el contrario, nuestra acción evangelizadora sabe mucho de aceite y vino que curan y cicatrizan, de cabalgaduras que alivian el paso, de afecto que acoge y repara las fuerzas, de denarios que salen al paso de las necesidades.

Lo que nos sugiere la parábola de Jesús es la implicación – en definitiva – de nuestra propia persona, de todo nuestro ser. Lo que no se asume no puede ser redimido. El discípulo, atento a la Palabra, ha entendido el valor de *desvivirse* (perder la vida) por quien, como tú y como yo, es hijo y hermano.

Nuestra acción pastoral con jóvenes sólo será evangélica cuando sea explícitamente samaritana. Seremos creíbles cuando, como caminantes, no demos un rodeo con mil pretextos y seamos capaces de ser ungüento suave que ayude a cicatrizar las heridas del que ha sido arrojado a la cuneta del maltrato, del que ha sido derrotado por el abandono, del que está a la intemperie por la desnudez afectiva o del que sangra por la falta de perspectivas.

El *samaritano* con su gesto compasivo está anunciando la buena noticia del Reino. El educador evangelizador, un creyente centrado en Dios, al compartir su persona y su vida, está anunciando el Evangelio. Su misma existencia es anuncio del amor de Dios para los pobres, para los últimos, para cuantos han sido olvidados por los hombres. Con su gesto de ternura, el educador-evangelizador está diciendo que Dios no se olvida de ninguno de sus hijos, que los quiere con locura y los abraza entrañablemente.

Buena noticia liberadora para los pobres y excluidos, puertas abiertas de prisiones injustas, bálsamo que cicatriza heridas… así es la palabra samaritana de quien se hace compañero de viaje de cuantos están en la periferia de la historia y parece que no han sido invitados a la mesa.

# Trabajos citado

Esquirol, J. M. (2018). *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana.* Barcelona : Acantilado.

Forte, B. (2020). La fe en el Dios de Jesucristo y la pandemia. En W. Kasper, *Dios en la pandemia* (págs. 23-30). Maldiaño (Cantabria): Sal Terrae.

Francisco. (2020). Prólogo. En W. Kasper, *Dios en la pandemia* (págs. 10-11). Maliaño (Cantabria): Sal Terrae.

Francisco de Asis. (2011). *Escritos. Biografías. Documentos de la época.* Madrid: BAC.

Francisco, P. (2013). *Evangelii gaudium.* Roma : Editrice Vaticana.

Francisco, P. (2014). *Aciprensa. Vaticano.* Obtenido de Aciprensa: https://www.aciprensa.com/noticias/papa-francisco-la-iglesia-es-un-hospital-de-campana-con-heridos-buscando-a-dios-85600

Francisco, P. (2019). *Christus vivit.* Roma: Editrice Vaticana.

Francisco, P. (2020). *Fratelli tutti.* Ciudad del Vaticano: Editrice vaticana.

González-Faus, J. (2021). *Convivencia. Imperativo urgente para hoy.* Madrid: San Pablo.

Innerarity, D. (2020). *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus.* Barcelona: Galaxia Gutemberg.

Jiménez, A. (2018). *La fe en tiempos de incertidumbre. Teología para dar que pensar.* Madrid: San Pablo.

Müller en España, L. c. (2022). *Vida Nueva Digital. España.* Obtenido de Vida Nueva Digital: https://www.vidanuevadigital.com/2022/10/26/muller-en-espana-la-confusion-actual-de-la-iglesia-viene-del-demonio/

Pablo VI, P. (1975). *Evangelii nuntiandi.* Roma: Editrice Vaticana.

Riccardi, A. (2022). *La Iglesia arde.* Barcelona: Arpa.

Vattimo, G. (1996). *Creer que se cree.* Barcelona: Paidós.

**PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Qué ideas destacarías de la reflexión? Comparte algunas ideas a partir de lo que has leído y reflexionado.
2. ¿Qué propuesta evangelizadora nos está haciendo Francisco en su Pontificado? ¿Qué rasgos destacarías del estilo evangelizador que nos propone la *Evangelii Gaudium*? ¿Cómo entiendes la conversión pastoral a la que nos convoca el Pontífice?
3. A la luz de toda la reflexión, ¿Consideras que nuestra pastoral juvenil es evangelizadora? ¿Cómo ilumina el magisterio de Francisco a nuestra pastoral juvenil? ¿Qué propuestas concretas pueden ayudarnos en nuestro modo de hacer pastoral?